

Está creciendo una generación no sólo sin la práctica de la comunión (vetada para casi todo el pueblo adulto que nunca se casó y hoy menos que nunca) sino no bautizada, y que sin embargo se siente cristiana.

PEDRO TRIGO

Telón de fondo

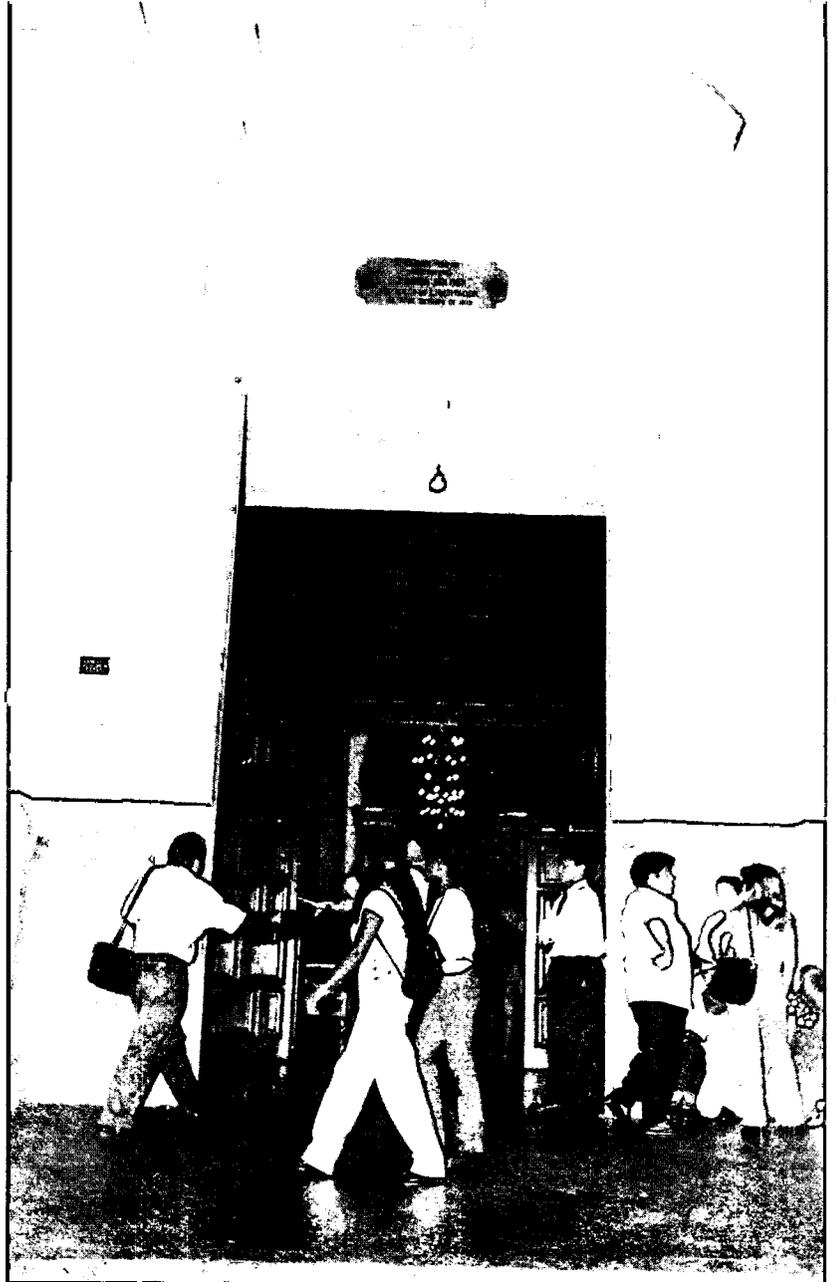
Desde el último tercio del siglo XVIII en Venezuela se empezó a perfilar un ambiente público de matriz librepensadora, desdeñoso cuando no positivamente hostil de lo eclesiástico. La ilustración venezolana, como la de la mayoría de los países latinoamericanos, fue, al menos por dos generaciones, sinceramente cristiana, aunque, como ilustrada, decididamente crítica de muchas tradiciones y del ejercicio sacralizado de la autoridad. Eso, a pesar de una minoría radicalizada que cabalgaba entre el cristianismo y el deísmo. Esta tendencia se impuso en la segunda mitad del siglo con el triunfo de liberalismo en la opinión pública, antes aún que en las armas. El positivismo no hizo sino consagrar "científicamente" este estado de

opinión. Así, hasta los años cuarenta del siglo XX. Hay que decir que a este respecto el marxismo universitario fue fundamentalmente positivista y apenas aportó nuevos motivos. Desde fin del siglo XIX asoma una reacción antipositivista de corte espiritualista, una de cuyas vertientes es decididamente cristiana. Pero estos pensadores se mantienen como minoritarios respecto de la corriente predominante mencionada.

Sin embargo hay que anotar que esta opinión pública siempre fue netamente minoritaria respecto al grueso de la población. El pueblo, gran parte de la gente principal de las pequeñas ciudades del interior y las mujeres, incluso las esposas de los caudillos e intelectuales liberales o positivistas, se mantienen fieles al sentir católico y viven su fe en pacífica posesión en el seno de la Igle-

sia. Sólo de los años cuarenta a los primeros sesenta los adecos, sobre todo a través de su ala magisteril liderizada por Luis Beltrán Prieto, logran que el anticlericalismo penetre en algunos sectores populares. Pero el viraje de Betancourt, que desembocó en el *modus vivendi* con la Iglesia, frenó en seco esta corriente.

El gobierno de Caldera significa simbólicamente la reivindicación de la Iglesia a nivel de estas instancias rectoras. Eso, a pesar de su estricta separación de la jerarquía, para evitar que lo tacharan de curero y por la convicción personal de que si actuaba como cristiano, eso no implicaba de ningún modo que fungiera como representante de la institución eclesiástica. La tendencia a favorecer desde el gobierno a la institución eclesiástica ya había sido ejercida



Una situación inédita en nuestro cristianismo

por Marcos Pérez Giménez, y es otro tachirense, Carlos Andrés Pérez, el que en la democracia la desarrolla sistemáticamente. Ya para entonces la opinión pública había abandonado tan completamente su tono antieclesiástico que entra más bien en una fase de admiración hasta llegar en los años noventa a considerar a instancias eclesiológicas como modelo de organización, probidad y creatividad para las instituciones públicas. Actualmente la crítica de antaño ha dado paso a una actitud de sacralización que inhibe hasta las críticas justas, con grave daño para la institución eclesiológica, aunque por supuesto ésta no lo perciba así.

Dos vertientes

Mientras se consolidaba la institución eclesiológica, tanto en la opinión pública como entre las instituciones del orden establecido, subterráneamente empieza a producirse un corrimiento ambiental respecto del cristianismo de enorme trascendencia. Este corrimiento tiene dos vertientes muy diferenciadas, pero que con el tiempo, si no se incide creativamente, podrían llegar a solaparse.

El punto de partida es que, a causa de la penuria institucional de la Iglesia venezolana, por generaciones la gente se había ido transmitiendo el cristianismo con muy pocos contenidos analíticos, pero con bastante espíritu y ciertamente con ánimo eclesial. No se sabía casi nada del cristianismo, pero se creía en el seno de la Iglesia y periódicamente se reafirmaba esa pertenencia. Sin

embargo, poco a poco, imperceptiblemente, las cosas han ido cambiando. En la vertiente más radical podríamos decir que se va conformando un ambiente, que podríamos llamar en sentido lato de gnosticismo: bastantes personas prestan ya más atención a su elaboración religiosa, de contenido claramente aleatorio, que a lo recibido por la tradición en la Iglesia. El centro de interés se ha desplazado: de obedecer a Dios, de confiar en su voluntad sobre uno, creyendo que en eso consiste la salvación personal, se ha pasado a buscar experiencias que lo pongan a uno a vibrar, que le den satisfacción. Ya no interesa tanto conectarse realmente con Dios, cuanto la resonancia interna.

La consecuencia de ese ambiente es una gran movilidad, siempre en busca de experiencias gratificantes. Esto se hace tanto dentro de las fronteras del catolicismo (apariciones, imágenes, formas de devoción que eclosionan y desaparecen como la moda; no me estoy refiriendo a los circuitos tradicionales del catolicismo popular) como fuera de él (orientalismo, santería, teosofía llamada frecuentemente metafísica...). Pero esta fluencia religiosa no implica, como sí implica por ejemplo hacerse evangélico, una conversión y un cambio de adscripción religiosa. Ello es así porque se ha perdido el sentido de pertenencia, no sólo institucional sino más profundamente la religación religiosa.

Este fenómeno es nuevo en el país. Antes era claro que Dios era Dios, que las relaciones con él podían llegar a ser muy íntimas, pero siempre en el supuesto de la alteridad entre él y yo y de su

absoluta trascendencia, aunque se acercara hasta hablarme desde todas las cosas y habite más adentro que lo íntimo mío. De todos modos quedaba claro que la distancia entre Dios y el ser humano era infinita; aunque él, con su condescendencia realmente divina, se acercara acogiéndonos, perdonándonos y haciéndonos en Jesucristo hijos suyos. Pero ahora en este ambiente de gnosticismo no aparece nada clara la personalidad de Dios ni su distinción respecto de uno. Las relaciones no son de mutua confianza y por eso de lealtad, con su carga de responsabilidad. Todo se reduce a sentimientos oceánicos, a sensaciones cenestésicas y a técnicas para lograrlas. Desde ese centro de interés todo son elucubraciones holísticas a base de términos prestigiosos e imprecisos.

En este corrimiento tenemos que mencionar a otra vertiente: la de los sinceros buscadores de Dios, de ese Dios trascendente que era el único que antes existía en el imaginario colectivo. Estos buscadores no encuentran maestros espirituales en esta clerecía orientada institucionalmente hacia la prestación de servicios religiosos y sociales, y deben hacer su camino en soledad o ayudándose unos a otros.

En esta situación ha aparecido un fenómeno que hasta hace dos décadas habría parecido impensable: bastantes que se autodenominan cristianos, incluso que viven esta identidad con pacífica posesión y ejercitándola, empiezan a no ligarla ni siquiera con el bautismo. Está creciendo una generación no sólo sin la práctica de la comunión (vetada para casi todo el pueblo adulto



La institución eclesiástica con las demás instituciones del sistema se siente obligada a ocupar toda la geografía nacional y todo el organigrama, y se estructura para la prestación de servicios.

que nunca se casó y hoy menos que nunca) sino no bautizada, y que sin embargo se siente cristiana, hace sus devociones, va de vez en cuando al templo y escucha discipularmente a quien le hable de Dios (sea una emisora evangélica, una misa por TV, un libro o un folleto encontrado casualmente o un compañero). Es decir, se está perdiendo la eclesialidad del catolicismo. Este fenómeno nada tiene que ver con el cristianismo por la libre característico de Europa, cargado de amargura y desprecio respecto de la institución eclesiástica. No hay aquí nada de eso; simplemente que, de tanto no ejercerla por retraérsela, se perdió la dimensión de pertenencia. Es un cristianismo no anticlerical sino aeclesial.

La combinación de una religiosidad gnóstica y un cristianismo aeclesial desembocará en pocas décadas en una Iglesia sin contacto con la gente, una institución omnipresente y vacía. Todavía habría tiempo para revertir el proceso. Mucha gente lo desearía, incluso dentro de la institución eclesiástica. Pero, si no se cambia de esquema, no hay posibilidad de evangelizar: no queda tiempo ni energías ni personal.

El tipo de institucionalización vigente se ha convertido en una trampa para el catolicismo. Si no la transformamos, peligra nuestro cristianismo. Por eso es importante caracterizarla y comprender sus aporías para transformarla de modo que sea cauce de vivencia cristiana y de evangelización, como desde el concilio Vaticano II hasta la reciente exhortación postsinodal *La Iglesia en América* nos lo demandan.

La Iglesia establecida, una Iglesia clerical

El proceso que culmina en el *modus vivendi*, vivido inconscientemente como de resarcimiento de tanta opresión, pobreza y precariedad institucional, ha conducido a la homologación estructural de la institución eclesiástica con las demás instituciones del sistema: Una institución que se entiende a sí misma como pública, aunque no política; y que se siente obligada a ocupar toda la geografía nacional y todo el organigrama, y que se estructura para la prestación de servicios religiosos y sociales.

Comencemos por esto último: Un tipo de institución eclesiástica que basa su legitimidad, como las demás del status, en la prestación de bienes y servicios, en este caso religiosos y sociales. A nivel de representación podríamos decir que la Iglesia es como un establecimiento educativo, sanitario o comercial o como una dependencia burocrática del Estado: la Iglesia es el establecimiento y el personal que lo atiende; quienes acuden a ella en busca de servicios son meramente usuarios, sean habituales o más o menos esporádicos. Es decir que la Iglesia son solamente los curas; los demás son simples cristianos. Así pues, esta idea que tiene la gente no se debe a ignorancia teológica sino a un esquema institucional que la expresa funcionalmente.

Así pues, esta institución eclesiástica, concebida como las demás del status, instaura un tipo de relaciones verticales y unidireccionales con los cristianos y con los que eventualmente se acercan a ella. No es una Iglesia de hermanos en la que unos a otros nos llevamos mutuamente en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana. Es una Iglesia clerical basada en la separación institucional de clérigos y laicos; la Iglesia que negó el concilio Vaticano II.

La consecuencia de esta clericalización de la Iglesia es que la constitución formal impide la constitución real: Si tiene que tener tantas parroquias como centros poblados y tantas diócesis como ciudades grandes, además de escuelas, colegios de secundaria y universidades, y por supuesto seminarios, y no menos periódicos, cadenas de emisoras y plantas de TV, y una red de obras sociales, y además todo tipo de comisiones a nivel nacional, diocesano y parroquial ... lo que resulta es que todo existe, pero

no se puede decir que funcione. Además, como hay muchos más cargos que personas idóneas, los pocos sacerdotes realmente capaces y entregados a su misión en cada diócesis deben ocupar demasiados puestos a la vez y viven abrumados y no raramente se queman; y algunos que no dan la talla o que francamente desdican ocupan puestos en los que causan daño porque es impensable dejar lugares vacíos.

Este modo de estructuración no sólo es piramidal y excluyente de los laicos sino que en sí es inorgánico ya que cada miembro de la pirámide es funcionalmente autónomo, estructuralmente irresponsable respecto de los cristianos de su jurisdicción y sólo conectado con su superior jerárquico. Este modelo responde a un paradigma no sólo anti-evangélico, ya que excluye la comunión y la participación, sino ineficaz. Éste es el modelo establecido en crisis, tanto a nivel de empresas privadas como de la burocracia estatal. Así no se pueden prestar servicios de una calidad mínima. Por eso las empresas que se repotencian para crecer en productividad y ser competitivas se reestructuran en redes interconectadas, en las que se disemina tanto la información como la responsabilidad. Es altamente paradójico que las organizaciones que se caracterizan por la prestación de bienes y servicios asuman una estructura que podríamos llamar analógicamente de comunión y participación y que la institución eclesiástica, que se define por la comunión y participación, se niegue entre nosotros a reestructurarse de acuerdo a su propia constitución.

La inadecuación de este modelo organizativo homologado a las instituciones establecidas se echa de ver en que no ayuda a la salud espiritual de sus propios miembros. En efecto la condición de agente pastoral, tal como está diseñada y se ejerce, tiende a opacar la condición de cristiano. Un cristiano es un pecador en proceso incesante de conversión en el que encuentra resistencias difíciles de vencer; es, digamos, un paciente pastoral. Es también un discípulo que cada día debe escuchar la palabra de Dios para de esta manera hablar no en su propio nombre sino en el de Dios y de Jesús. Es también un condiscípulo que recorre este camino no en solitario sino incorporado a un pueblo de hermanos. Pero si en la institucionalización vigente el cura está, di-

gámoslo así, del lado de dentro del mostrador dando lo establecido al que lo requiere, como figura pública codificada, no es fácil que se sitúe a la vez del otro lado como persona particular necesitada como las demás. Esto es más difícil todavía si, como sucede, está estructuralmente privado de convivir con los cristianos y condenado a vivir solo dentro de su mostrador. El modo como está diseñada esta estructuración no ayuda a que florezca ese sujeto único que es cada quien ni su autenticidad. La falta estructural de fraternidad, a pesar y aun en contra de la buena voluntad del agente pastoral, dificulta que se permanezca en el amor de Dios. Claro está que hay gente que tiene una naturaleza rica que sale a flote en cualquier circunstancia y otros que hacen de la necesidad virtud y más en general Dios ayuda en toda por esto hay buenos cristianos en nuestra Iglesia; pero hay que reconocer que la institucionalización vigente es un impedimento.

Dos propuestas

Como alternativa superadora tengo sólo dos propuestas: La primera es rescatar la subjetualidad de los agentes pastorales. Se puede formular diciendo que su principal problema tiene que ser su propia salvación (Mc 8,36-37), es decir que ellos no se pueden seguir definiendo como agentes pastorales, ya que ese oficio es meramente temporal, sino como pacientes pastorales. Todos debemos recordar que la última palabra, la definitiva, que Jesús de Nazaret dirige a Pedro no versa sobre el pastoreo sino sobre el discipulado: "tú, sígueme" (Jn 21,22). Es una palabra personal, absolutamente intransferible. Sólo en la medida en que nos planteemos el problema de ir haciéndonos cristianos desde nuestra autenticidad personal podremos ayudar a otros. La condición de profesionales honestos desde nuestro mostrador conduce al vaciamiento propio y a la esterilidad en la misión. Como todos los demás y con todos ellos somos pacientes pastorales. Recuperar esta dimensión y convertirla en central en nuestras vidas es el principio de la salvación de nuestra institución eclesial. Desde esa condición es obvio que estaremos en condiciones de ayudar fraternamente a quienes buscan a Dios y no menos ser ayudados por ellos. La segunda propuesta tiene que ver con

el objetivo de la institución: no puede restringirse a otorgar bienes y servicios sino centrarse en fomentar la comunión y la participación de todo el pueblo de Dios. Para que ello sea posible hay que acabar con los mostradores: que no haya unos del lado de dentro y otros del lado de fuera; que la estructura de dar unos y recibir otros sea sustituida por la acción recíproca personalizada, ya que cada uno la ejerce desde el don recibido. Dentro de este cuerpo el ministerio del presbítero consiste en escuchar y dialogar para impulsar la participación y corresponsabilidad (*La Iglesia en América* n° 39). Es imprescindible que tenga "una profunda experiencia de Cristo vivo (...) para que sea animador de la vida espiritual y evangelizador capaz de promover la participación" (id 41).

Y sin embargo

Lo que antecede está escrito en el seno de la Iglesia venezolana, como ejercicio de responsabilidad en ella. Eso significa que, a pesar de todo, está escrito con esperanza. Crecí en esta Iglesia y, como somos muy pocos, conozco a bastantes agentes pastorales y responsables. Nos conocemos y nos aceptamos.

Con esto quiero decir dos cosas: La primera es que sí existe una parte, minoritaria pero bastante significativa, de esta Iglesia que está empeñada en una evangelización personalizada y abierta desde el seno de comunidades cristianas de base y de grupos fraternos y nada sectarios. La segunda es que el problema de los otros es su identificación con un esquema eclesiológico y pastoral inadecuado, como expresión de su instalación en el orden establecido. Pero a nivel personal no sólo la mayoría de ellos no son así sino que cuando piensan, hablan y actúan fuera de él, se esponjan, ya que sienten que se pone en funcionamiento lo mejor de ellos. Esta reserva de autenticidad es una fuente de esperanza ya que aunque como funcionarios no se vean en otro esquema, sí se ven y realmente a gusto como cristianos y testigos.

Está en marcha un Concilio Plenario Venezolano. Claro está que puede ser usado como glorificación de una Iglesia que no sólo se irguió desde la situación adversa a la que la recluyó el Estado sino que está en plena expansión institucional y en la cúspide de la cre-

dibilidad en las encuestas. Pero hay indicios de que puede encaminarse para discernir la propia realidad institucional y desde esa revisión a fondo plantearse el contenido concreto de la evangelización situada y los cauces más adecuados para llevarla a cabo. El indicio más alentador es la decisión de convertir el temario, en el fondo inocuo, en núcleos problemáticos. Si se sigue esta decisión con autenticidad se llegará sin duda a los planteamientos esbozados aquí.

PEDRO TRIGO

Jesuita, teólogo y miembro del Centro Gumilla

.....

**La institución debe centrarse
en fomentar la comunión
y la participación de todo
el pueblo de Dios.**